

CAPÍTULO III

LOS CHOQUES EMOCIONALES

POR

G. DUMAS

Definición. — Desde el punto de vista mental, ¿qué es un choque emocional? Recorremos, en un periódico, los anuncios necrológicos, y leemos varios nombres con indiferencia, hasta el instante en que leemos el nombre de un amigo, del que no teníamos noticias, y al que creíamos en buen estado de salud; experimentamos un choque emocional. Ahora bien, frente al nombre que acabamos de leer, ¿qué es lo que ha determinado ese choque? No son las asociaciones y disociaciones de ideas, provocadas por la muerte de nuestro amigo. El efecto que comprobamos es más inmediato; proviene del encuentro de un gran número de tendencias y hábitos, que suponían a nuestro amigo vivo, con la idea de su muerte; todo este conjunto que, por el momento, reposaba fuera de nuestra conciencia, acaba de ser súbitamente despertado y golpeado; y este golpe es tanto más violento cuanto más antiguos, más profundos y más coordinados son nuestros hábitos.

Pero esta definición del choque emocional, que lo emparenta implícitamente con los diversos grados de la sorpresa y del asombro, sólo puede separarlo de la emoción que le sigue mediante abstracción. De hecho, en la práctica, el choque, tal como acaba de ser definido, el choque cuantitativo, está acompañado siempre del sentimiento obscuro o claro de la emoción calificada que le sucederá, y a menudo de la emoción misma. Estamos obligados, pues, si queremos hablar del choque, a tomarlo tal como es, seguido de emociones débiles o fuertes, bien definidas o vagas, y nos proponemos distinguir tres categorías, según la intensidad de las reacciones.

La primera categoría comprenderá los pequeños choques emocionales, en los que reacciones respiratorias y circulatorias, reacciones poco marcadas en la especie y de sentido mal determinado, corresponden a estados afectivos poco intensos, a menudo bastante difíciles de caracterizar con una palabra, y a excitaciones ligeras y triviales, como el ruido de una puerta que se cierra con violencia, una detonación, una experiencia de laboratorio que el sujeto teme un poco, un paquete de cigarrillos que se le ofrece, un desconocido

que penetra en la habitación donde se trabaja, etc., etc.; y para los animales que sirven de sujetos, un silbido de llamada, el restallar de un látigo, una detonación, etc.

La segunda categoría contendrá los choques emocionales más intensos, que pueden preceder, y que a menudo preceden, prolongándose o provocando allí reacciones afectivas secundarias, a emociones calificadas y más o menos durables de alegría, tristeza, cólera, miedo, etc., sobre las que nos detendremos largamente.

En estos choques pueden distinguirse, con RIBOT, un aumento o una detención de los movimientos, pero creemos deber insistir sobre el hecho de que la emoción calificada que les sucede, y que siempre se mezcla a ellos más o menos después del primer instante, puede durar bajo forma crónica, renacer por representación, complicarse con reacciones psíquicas y fisiológicas, y constituir, por esas razones, un objeto de estudios psicológicos infinitamente más rico y variado que el del choque propiamente dicho.

Hay que notar, además, que entre el choque inicial y la emoción, intervienen comúnmente esquemas representativos, bajo una forma confusa o clara, y que de esta manera, hay en el origen de la emoción, no solamente un choque, sino la interpretación más o menos rápida de la causa.

Finalmente, en muchos casos, cuando el choque estaba por ejemplo previsto, la emoción puede constituirse de golpe, por sus esquemas y procesos habituales.

La tercera categoría comprenderá los choques emocionales muy intensos, donde excitaciones particularmente fuertes: escenas de matanza, peligro de muerte, sepultamiento bajo tierra a consecuencia de la explosión de un obús, provocan reacciones de desorden en la circulación, la respiración, la motricidad, el equilibrio, la vida vegetativa y, a menudo, también reacciones de intoxicación, de inhibición o de agotamiento.

También existen, necesariamente, emociones tras todos estos choques emocionales intensos, y la más frecuente es el miedo; pero puede decirse que la violencia de los choques, el desorden o la inhibición general que los caracterizan se oponen más o menos a que las emociones subyacentes sean sentidas en el detalle de sus elementos psíquicos.

Hay, pues, entre dos categorías de estados afectivos, mal definidos a causa de su intensidad demasiado ligera o excesiva, los choques muy ligeros y los choques muy intensos, choques de intensidad

media que pueden preceder, y que a menudo preceden, a las emociones propiamente dichas.

Admitida esta clasificación, ¿qué ocurre en el orden circulatorio y en el orden respiratorio cuando somos sometidos a un choque pequeño, de carácter más o menos definido?

I

LAS REACCIONES CIRCULATORIAS Y RESPIRATORIAS

1. Reacciones vasculares en el curso de los choques pequeños. —

Ya hemos encontrado estos choques ligeros cuando hemos estudiado los concomitantes orgánicos de lo agradable y lo desagradable, y hasta hemos reprochado a las experiencias intentadas el no producir sino reacciones de choque pequeño, que eran las mismas para lo agradable y lo desagradable, y en las que desaparecían las reacciones propias de la tonalidad afectiva, admitiendo que allí las hubiera. Encontramos aquí reacciones muy análogas, aunque un poco más marcadas, porque, en general, se trata de choques un poco más fuertes, pero sin relación aparente con el carácter agradable o desagradable del estado afectivo.

Las reacciones vasculares de los choques pequeños se manifiestan bajo la doble forma de la vasoconstricción y de la vasodilatación de las extremidades musculocutáneas o de las vísceras.

Todas las opiniones se encuentran representadas cuando se trata de saber si en los choques pequeños hay más a menudo vasoconstricción o vasodilatación de esas extremidades musculocutáneas. Parece que Léon BINET ha encontrado, sobre todo, vasodilataciones, y Alfred BINET, vasoconstricciones. En nuestras investigaciones personales, hemos encontrado, sobre todo, vasoconstricción, a poco que se trate de choques algo fuertes. La proporción de los + y los —, que parecía igual cuando no se trataba sino de los choques extremadamente ligeros de lo agradable o de lo desagradable, está aquí en favor de la vasoconstricción. FRANCK, que ha hecho sus trazados sobre el animal y sobre el hombre, estimaba que en las extremidades cutáneas se tenía más a menudo vasodilatación que vasoconstricción en los choques pequeños, pero es evidente que el carácter positivo o negativo de una reacción vascular periférica, o de otra clase, debe estar siempre compensada, en otras regiones, por reacciones inver-

sas, y es lo que se verá en los trazados que este autor ha tomado sobre el animal. Nosotros damos aquí trazados inéditos de FRANCK, sacados de sus cuadernos de experiencias, que nos ha remitido la señora de Franck, conforme con el deseo muchas veces expresado por nuestro querido maestro y amigo.

FRANCK ha hecho sus trazados sobre sujetos benévolo, sirviéndose de la ampolla de Hallion y Comte, o del pletismógrafo volumétrico, que él había inventado.

Para experimentar sobre las reacciones periféricas o viscerales del animal, ha utilizado diversos pletismógrafos, basados en la transmisión aérea de las variaciones volumétricas.

La respiración ha sido inscripta con neumógrafos corrientes; en fin, para inscribir la presión arterial, lo que ha hecho bastante a menudo en el animal, FRANCK se ha servido de manómetros compensadores, puestos en comunicación con la arteria.

Es muy útil conocer las variaciones de la presión para saber si una vasoconstricción o una vasodilatación son activas o pasivas, es decir, debidas a la reacción propia de las arteriolas, o producidas por el descenso y la elevación de la presión central. Cuando esta presión no está indicada, lo que es la regla cuando se experimenta sobre el hombre, se puede suplir la falta de indicaciones usando el criterio adoptado y señalado por PACHON y LHERMINIER.

En el estudio de los fenómenos vasomotores, escriben ambos fisiólogos (217) debe tenerse muy en cuenta la influencia del corazón. La ascensión del trazo puede tener por causa, por ejemplo, ya una dilatación activa de los vasos, ya una dilatación pasiva, determinada por un aumento de la tensión arterial de origen cardíaco. La caída del trazo puede igualmente ser producida ya por una constricción activa de los vasos, ya por una disminución de la tensión arterial de origen cardíaco.

“El fenómeno de vasoconstricción sólo se afirmará, pues, si con la caída del trazo corresponde la pulsación característica de una tensión más fuerte (ablandamiento del dicrotismo), y el fenómeno de vasodilatación sólo se afirmará si con la ascensión del trazo corresponde la pulsación característica de una tensión más débil (acentuación del dicrotismo)”.

Los dos autores hacen notar, muy justamente, que si bien su criterio es superfluo en la experimentación animal, donde la inscripción de las variaciones concomitantes de la presión arterial está, por lo general, asociada a la inscripción de las variaciones volumétricas, el

mismo criterio adquiere todo su valor en la experimentación humana, donde la inscripción de las variaciones concomitantes de presión es difícil, rara vez hecha, y donde, en consecuencia, es indispensable juzgar esas variaciones por el detalle de las pulsaciones de la curva pletismográfica.

Sobre esta cuestión de la inscripción, y de acuerdo con Lapique, añadiremos que las reacciones de vasodilatación o de vasoconstricción pueden ser tenidas por activas desde que están marcadas por una fuerte elevación, o una fuerte caída del trazo, dada la débil disminución o el débil aumento de presión que representan los choques emocionales ligeros, para la presión general. BINET y COURTIER, que han medido con el esfigmomanómetro de MOSSO las variaciones de la presión radial bajo la influencia de estos choques, han encon-

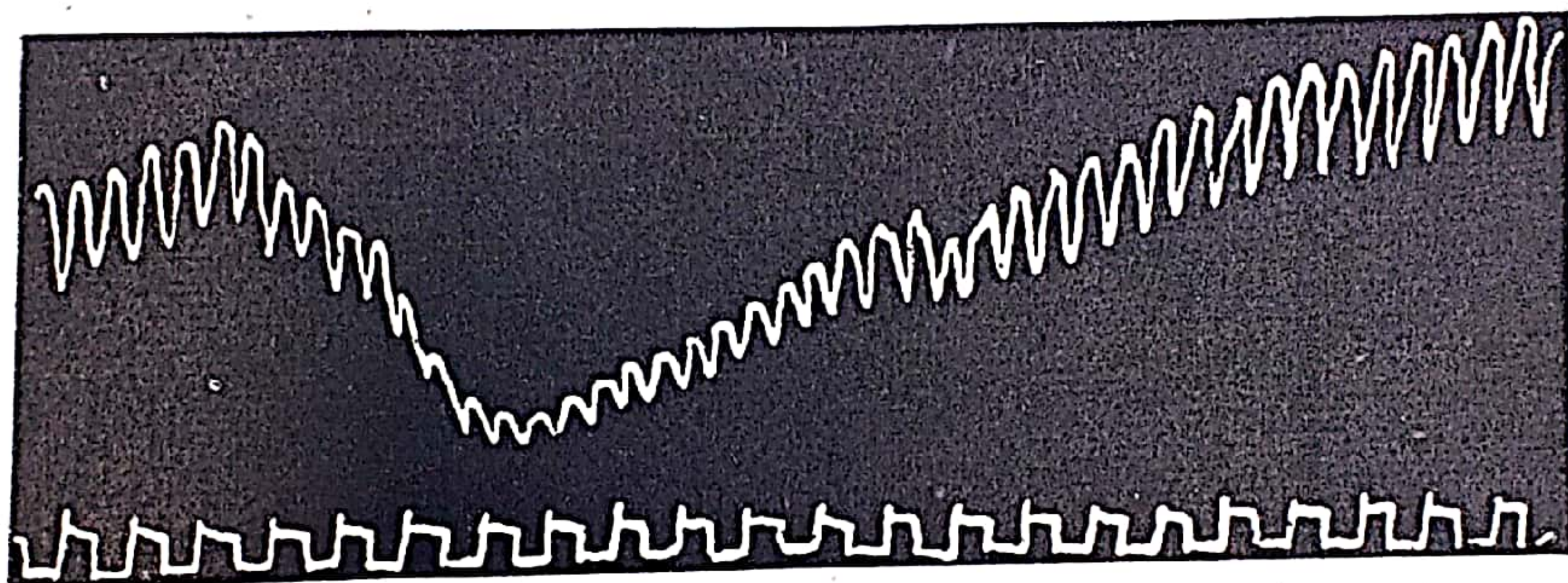


Fig. 59.

trado variaciones siempre positivas y mínimas, correspondiendo la variación media a 1,5 cm de mercurio. Siendo la presión de 14 a 15 para la radial de sujetos que en general son estudiantes, se trata de una variación de $1/10$ que, sola, apenas si puede determinar en las arteriolas débiles cambios de calibre.

He aquí algunos de los trazados de FRANCK, en los que pueden observarse reacciones de vasoconstricción y reacciones de vasodilatación.

El texto que explica y comenta los trazados ha sido redactado según las notas del mismo autor.

El reflejo de vasoconstricción de la figura 59 ha sido obtenido por FRANCK sobre un colaborador benévolo, que ha sido turbado por la entrada de un extraño en los laboratorios. El reflejo ha sido inscrito con el pletismógrafo de Hallion y Comte, sobre dos dedos de la mano derecha, y la reacción es dada por FRANCK como activa.

He aquí un reflejo de la misma naturaleza, pero más detallado,

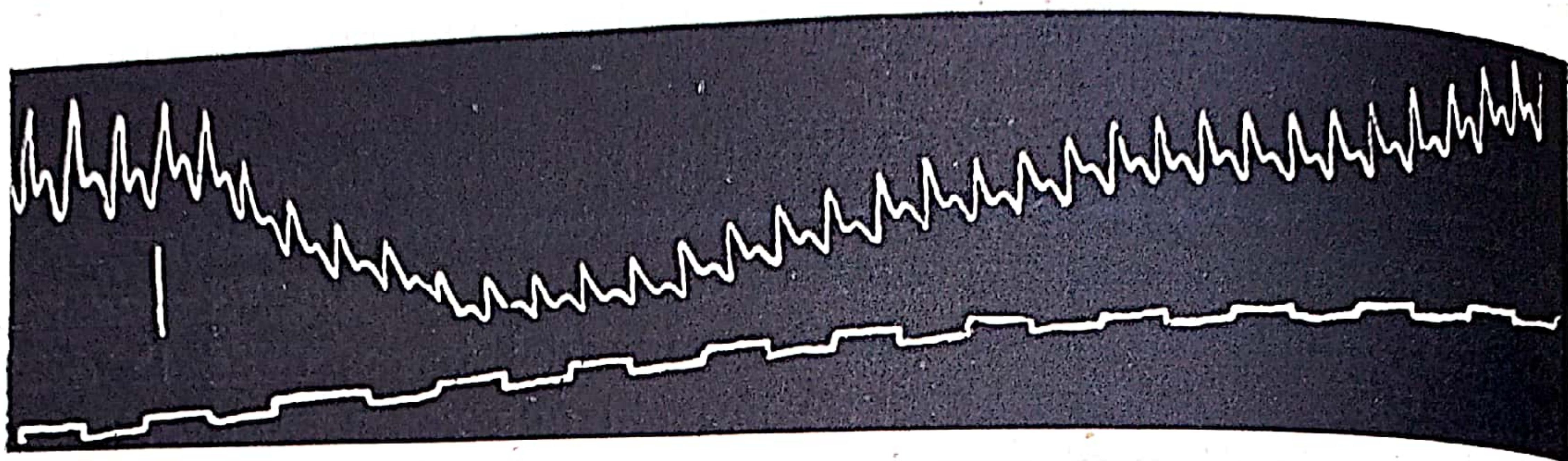


Fig. 60.

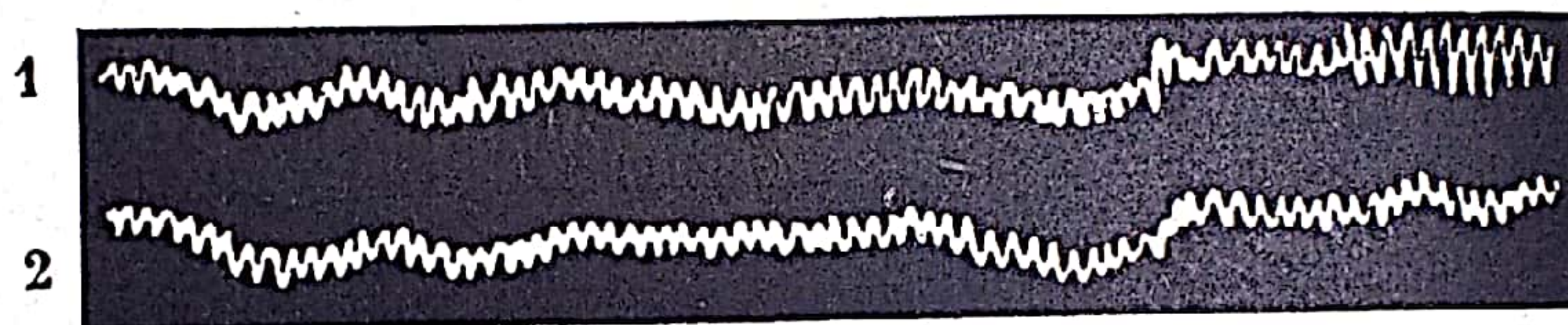


Fig. 61.

+

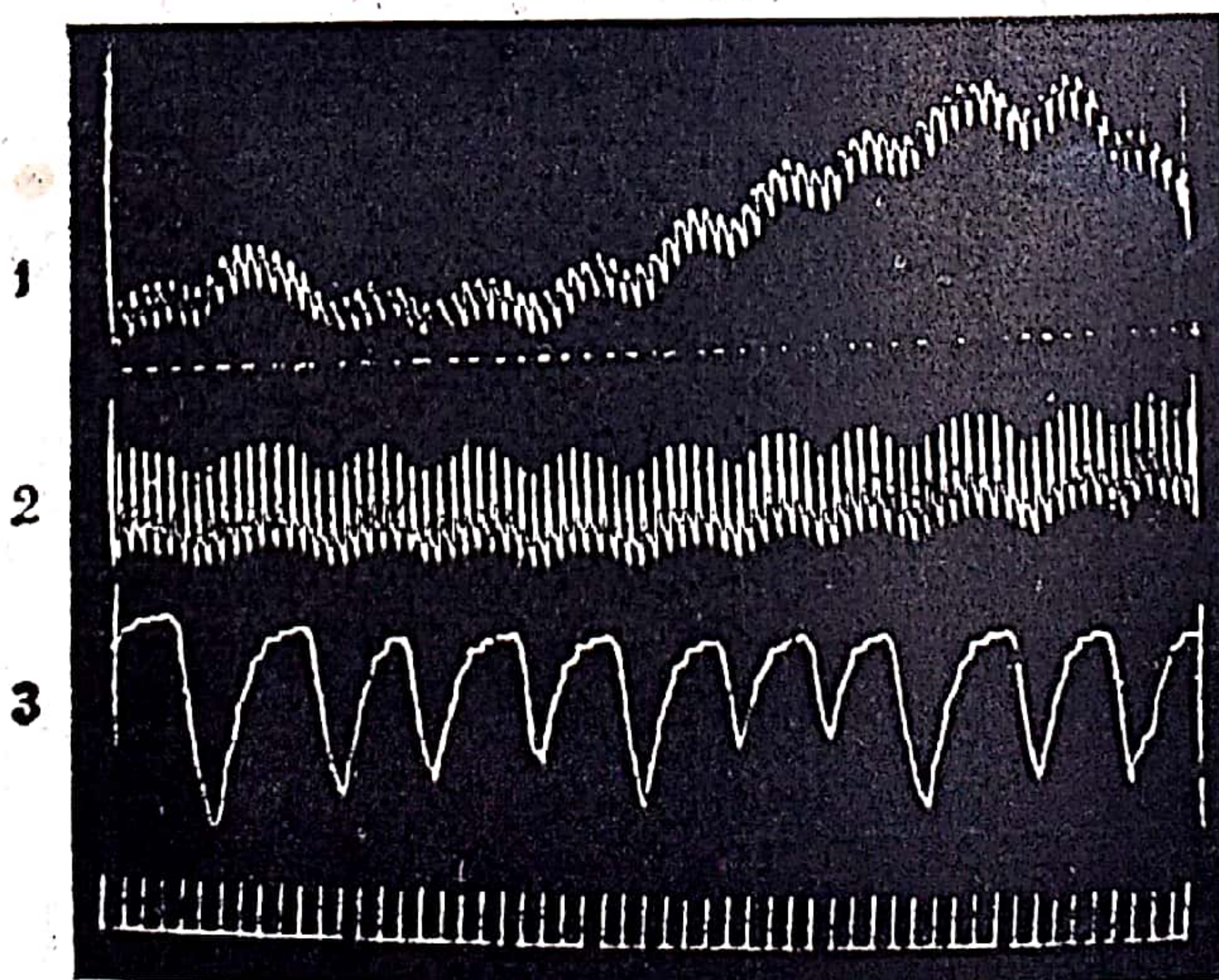


Fig. 62. — 1, pulso global de la mano izquierda;
2, pulso radial; 3, respiración.

tomado sobre el sujeto G, que ha sido conmovido en las mismas condiciones, por el ruido estridente de una sirena (fig. 60).

Por otra parte, he aquí (fig. 61) trazados de vasodilatación tomados por FRANCK en condiciones análogas:

El sujeto es FRANCK mismo, y nota que a continuación de una excitación auditiva súbita, se ha producido una vasodilatación refleja

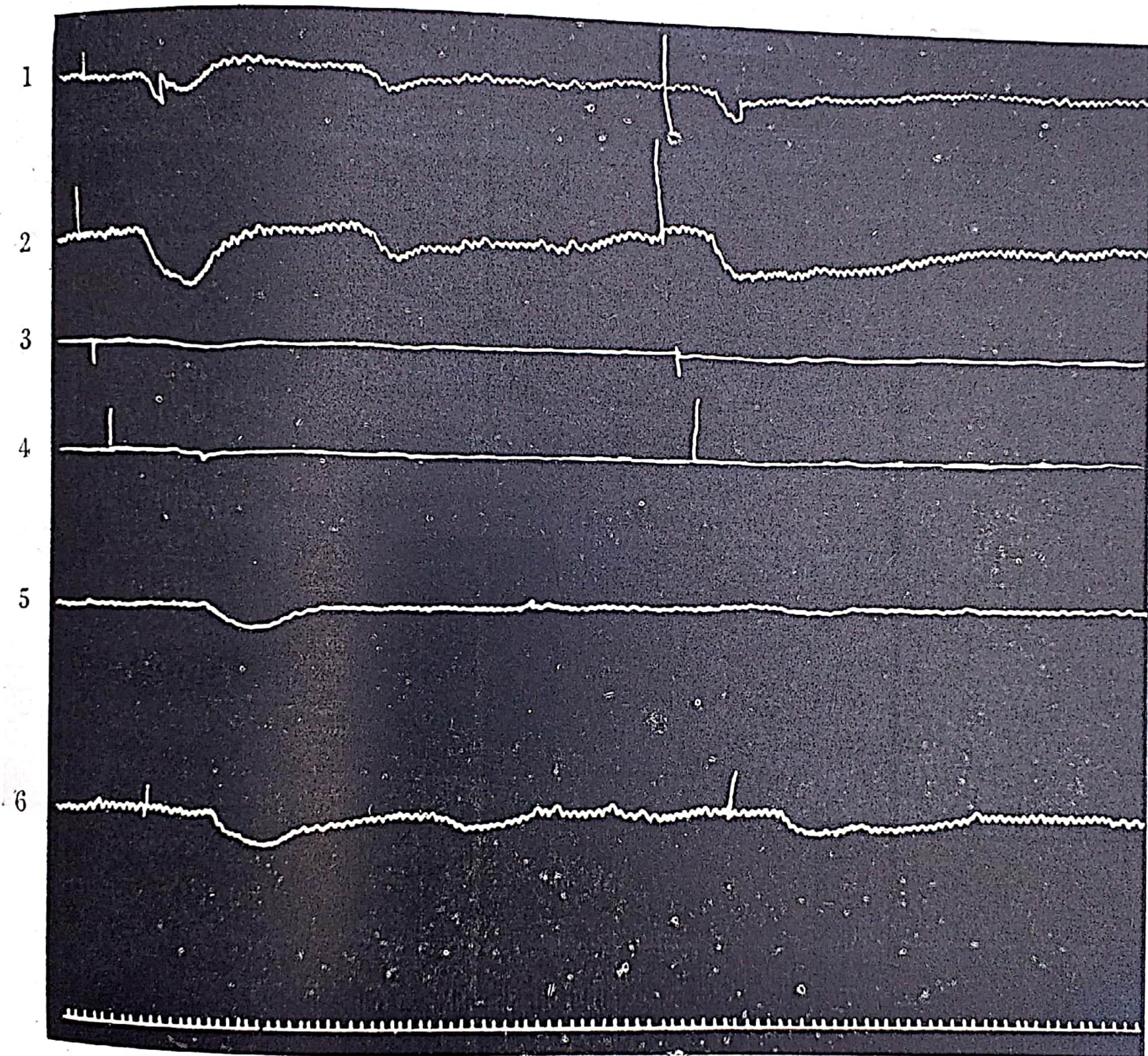


Fig. 63.

emocional en el dedo medio izquierdo. En el dedo medio derecho (2) tenía un ligero panadizo y, a pesar de la vasodilatación inflamatoria, pareció marcarse algo allí la misma reacción.

He aquí, todavía, un reflejo de vasodilatación de la mano izquierda, provocado en un sujeto H, acostado, ante la amenaza de maniobras que deben tener por objeto comprimir el intestino (figura 62).

En todas las regiones de ambas redes circulatorias, la superficial y la profunda, se encuentra la misma dualidad de reacciones.

Es una cuestión saber si las reacciones de una misma red son homogéneas.

He aquí seis trazados, tomados en diferentes regiones de la red superficial, en un perro que había recibido, en inyecciones hipodérmicas, 3,35 g de cloral y 0,05 g de morfina. En estos seis trazados, los efectos vasomotores son el resultado de excitaciones psíquicas que tienen una significación para el animal (látigo y amenaza, látigo

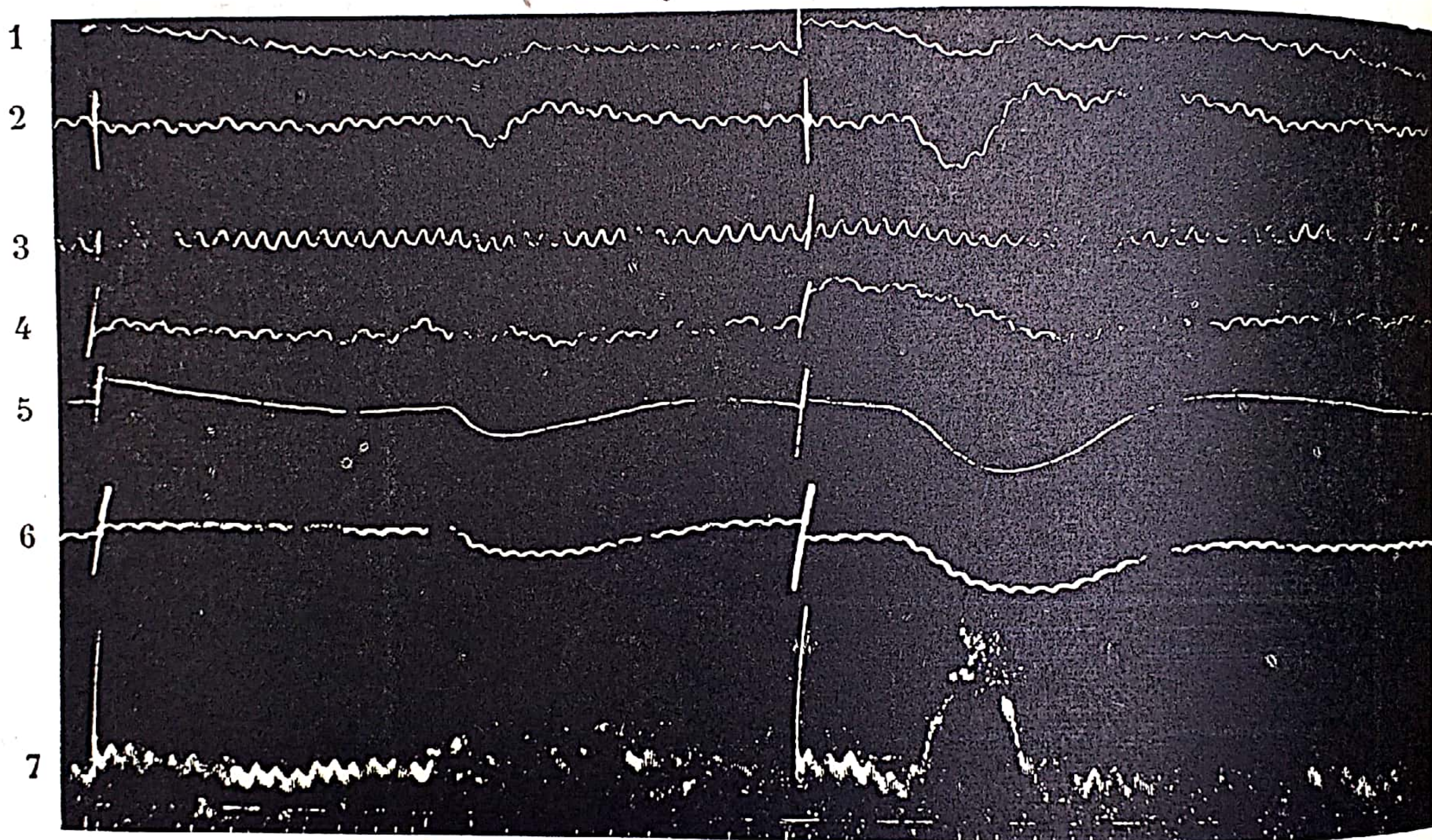


Fig. 64.

solo, silbidos de llamada); esos efectos son inscriptos en el pletismógrafo según las variaciones volumétricas de las fosas nasales (1, 2), del labio superior (3) y del labio inferior (4), de la oreja derecha (5) y de la pata posterior izquierda (6); casi nulos para ambos labios, e idénticos en las fosas nasales como intensidad; no son en absoluto simultáneos, pero son en todas partes de igual sentido, y podríamos estar tentados de concluir, por esta última identidad como por las otras, una homogeneidad relativa de las reacciones de la red si FRANCK mismo no nos indujese a tener como muy frecuentes las excepciones (fig. 63).

He aquí, por ejemplo, un conjunto de siete trazados vasculares (fig. 64) tomado por FRANCK sobre un perro ligeramente curarizado,

al que se le hace oír el ruido estridente de una sirena, seguida al punto de un silbido de llamada, con 25 segundos de intervalo. Cada una de estas excitaciones auditivas produce sobre el mismo órgano el mismo efecto, pero esos efectos no son menos dispares cuando se los compara de órgano a órgano, puesto que hay vasoconstricción en ambos riñones (1, 2), indiferencia del bazo (3), vasodilatación del intestino (4), vasoconstricción de la pata anterior izquierda (5) y de la pata anterior derecha (6), con una elevación de la presión (7), para cada excitación auditiva, que garantiza el carácter activo de las vasoconstricciones.

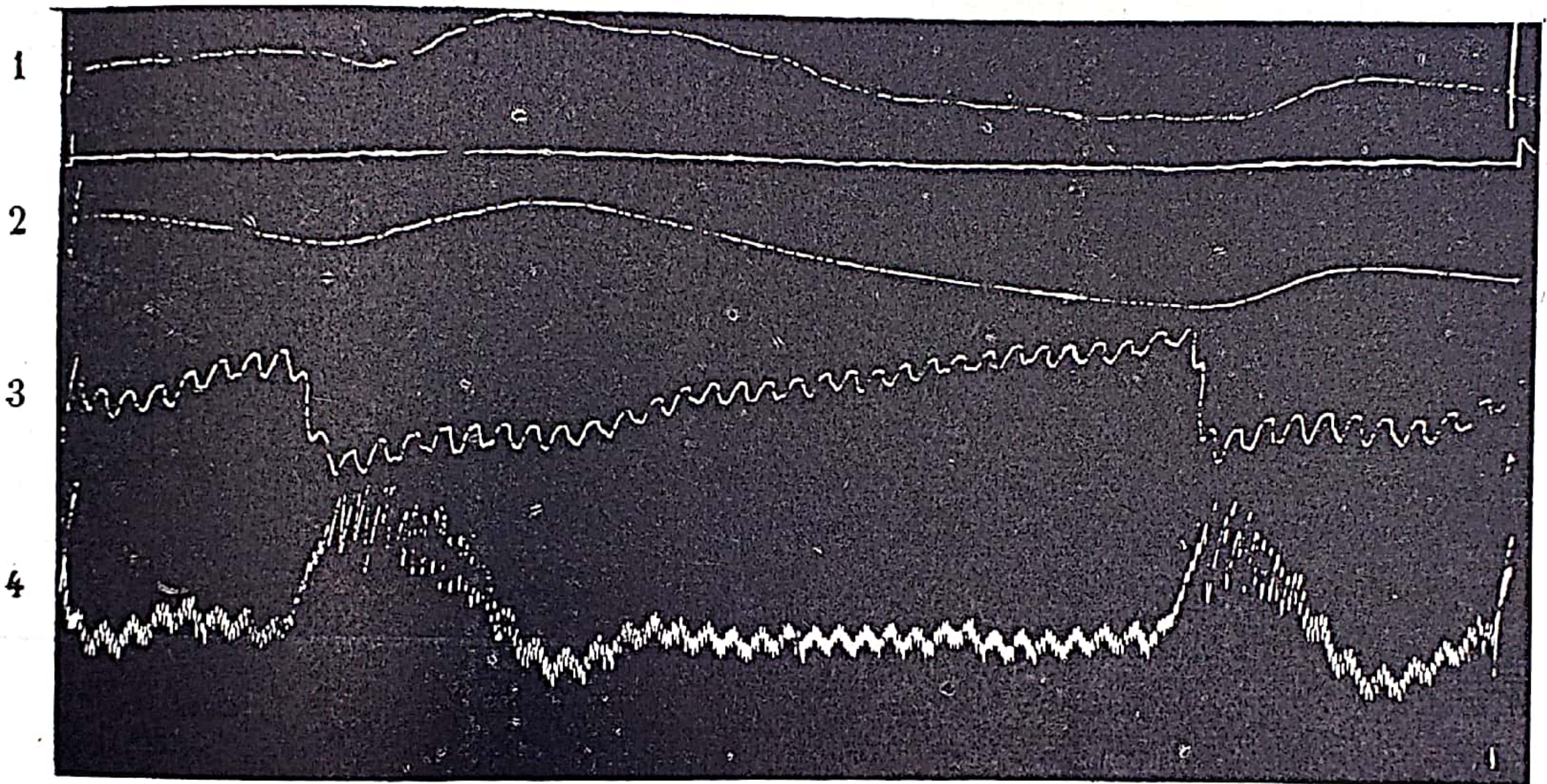


Fig. 65.

Por otra parte, hay que notar que la simultaneidad de las reacciones no es sino relativa, y que todas las reacciones, comprendida la reacción de presión, son más marcadas para el silbido de llamada que para el ruido trivial de la sirena, desprovisto de significación para el animal, lo que indica en el sistema nervioso un poder de discernimiento muy rápido, sobre el que volveremos.

Es, sin duda, una opinión extendida la de que existe una dependencia entre las reacciones vasomotoras de ambas redes, y el trazado que sigue (fig. 65) ilustra muy bien esta concepción.

Hemos visto cuán fácilmente habían sido desmentidas por los hechos las oposiciones establecidas entre las reacciones emocionales de la red circulatoria visceral y de la red superficial. El balanceo, que es muy posible, dada la constancia del volumen sanguíneo, se establecía entre regiones de una misma red tanto como entre dos redes diferentes. "Todas las combinaciones son posibles", decía FRANCK.

Creemos, por los hechos, que lo mismo ocurre con la oposición, a menudo afirmada, de las reacciones neurovegetativas y de las reacciones cerebroespinales. Si bien el balanceo se opera casi siempre entre el dominio del sistema cerebroespinal y el dominio del sistema neurovegetativo, puede establecerse también entre los músculos lisos y las glándulas, entre los mismos músculos lisos, y entre los músculos estriados; es decir, particularizarse mucho.

3. El aspecto consciente del choque emocional. — No tenemos para qué decir que el choque emocional, considerado del lado consciente, sólo es un conjunto de las sensaciones precisas o confusas que corresponden a las reacciones locales o generales que constituyen las manifestaciones físicas, y que para hacer la síntesis del choque psíquico, bastaría enumerar y ordenar entre las reacciones precedentes, las que son conscientes. Ciertamente, se encontrarían allí muchas, desde las variaciones respiratorias en eupnea, disnea y síncope, las detenciones, las aceleraciones, las disminuciones, las fortificaciones y los desfallecimientos de los latidos cardíacos, hasta las contracciones del cardias, el relajamiento del recto y del esfínter anal, la sequedad de la boca, la vacilación de las piernas y el desequilibrio. Habría ahí una amplia documentación para un psicólogo que quisiera volver a crear mentalmente el choque psíquico, imaginarlo y sentirlo, utilizando en esta reconstrucción emocional todos los detalles objetivos y orgánicos susceptibles de iluminar el choque y darle contenido.

Pero se sinteticen o no estos datos de la conciencia orgánica, es imposible no advertir cuán vagos e imprecisos son, por numerosos que sean, y cuán restringido es su dominio con relación al inmenso dominio de las variaciones orgánicas enteramente inconscientes que entran en la constitución del choque.

Estas variaciones orgánicas son tan numerosas en los músculos lisos de las vísceras, en las glándulas, en las excreciones, en las secreciones externas o internas, en el equilibrio humoral de la sangre, en la nutrición profunda de los tejidos, que, propiamente hablando,

no existe en la economía un órgano, un tejido, un elemento celular que escape a los efectos orgánicos de los choques emocionales. Por estas variaciones, el choque emocional es un hecho biológico profundo y complejo, en el que la causa psíquica original sólo desempeña un papel de desencadenamiento, un hecho que interesa al sistema neurovegetativo como al sistema cerebroespinal, un hecho cuyo análisis nos revela, junto a perturbaciones propiamente fisiológicas, perturbaciones físicas, químicas, tóxicas, y que sólo en sus partes superiores y con tonalidades confusas aflora a la vida consciente.

4. **La expresión del choque emocional.** — Para cerrar este capítulo, entre las numerosas reacciones emocionales del choque quedan por señalar las que son particularmente expresivas y son tenidas como tales por la opinión. Son, necesariamente, las reacciones más visibles, y entre ellas, las del rostro. Las reacciones vasculares, cardíacas o periféricas pueden volverse expresivas: sea por los síncope completos o incompletos, que corresponden a la detención o a la disminución de movimiento del corazón, sea por los cambios de color, que corresponden, en los vasos cutáneos, a las variaciones de la presión y del calibre de las arteriolas. La vasoconstricción cutánea hace palidecer, y la vasodilatación hace enrojecer, tanto cuando estas reacciones son activas como cuando son pasivas.

Las reacciones ligadas con la respiración y con sus variaciones son igualmente expresivas en la medida en que son perceptibles para el oído o para la vista.

Por ejemplo, cuando el acto respiratorio se detiene en la espiración, puede estar acompañado de una espiración ruidosa, que se aproxima al grito de espanto; cuando hay espasmo laríngeo, es la voz estrangulada, la afonía; cuando hay una contracción intermitente del diafragma, es la voz entrecortada, jadeante.

Los movimientos de las aletas de la nariz están normalmente asociados con los movimientos del tórax y, sobre todo, son visibles en los animales. De una manera general, las fosas nasales se dilatan activamente durante las inspiraciones, particularmente cuando ellas son fuertes, y también cuando la respiración se acelera.

Estos movimientos son debidos a la acción de los músculos elevadores y dilatadores de las aletas de la nariz, a los que gobierna el nervio facial (elevador común superficial y elevador común profundo de las aletas de la nariz y del labio superior, y músculo propio de la nariz). La expresión bien conocida de las "fosas nasales pal-

pitantes", se debe a la sinergia de los músculos que acaban de ser nombrados con los músculos respiratorios.

Otras vísceras, además del corazón, entre ellas el estómago, pueden ser indirectamente expresivas mediante la contracción de los músculos lisos. De hecho, todas las reacciones que llegan a ser expresiones visibles o audibles caben entre las expresiones emocionales, y las eructaciones esofágicas, los vómitos, son expresiones con el mismo título que los cambios de color. (Cf. la expresión popular: "lo eructó".)

Pero es particularmente en la musculatura estriada donde se encuentran, como siempre, las expresiones musculares más directas, la agitación, el bamboleo, la vacilación de las piernas, etc., etc., ligadas a las diversas causas que hemos mencionado.

Podríamos citar muchas otras expresiones musculares del choque, pero las descartamos por el momento, porque son más características del asombro, la sorpresa, el miedo, donde las volveremos a encontrar.

Aquí, como siempre, la mímica, que toma sus medios donde los encuentra, se apodera de las expresiones de choque que son particularmente visibles o audibles y que son fáciles de imitar, para hacer de ellas signos voluntarios de la emoción, signos sociales que, a pesar de su carácter rudimentario, son ya comienzos de lenguaje.

Uno se sobresalta, detiene la marcha, deja caer los brazos para expresar que experimenta un choque; lleva la mano al corazón, como para reprimir los latidos; lanza un grito ahogado, acelera o disminuye la respiración, etc.

La mímica teatral va todavía más lejos: imita las palpitaciones de las fosas nasales, los síncope, la vacilación de las piernas, la voz estrangulada o cortada.

CAPÍTULO IV

LAS EMOCIONES

POR

G. DUMAS

1. **Definiciones.** — De la precedente serie de los choques emocionales pequeños, medios y grandes, vamos a extraer ahora los choques medios y las emociones que pueden seguirlos, para estudiar estas emociones en sí mismas, en sus elementos psíquicos y orgánicos, su mecanismo, su condicionamiento, y plantear a su respecto algunas cuestiones generales de psicofisiología emocional, que sólo pueden resolverse a la luz de hechos particulares y precisos. Las emociones, de las que vamos a hablar, son estados complejos, compuestos psicológicamente por tendencias, excitadas, disminuídas, molestadas, enloquecidas, rebeladas, etc., a veces complicadas con impulsos, como sucede en la cólera, la angustia, el miedo, siempre acompañadas de modificaciones orgánicas, algunas de las cuales aparecen como localizadas y otras como difusas, y de un estado de conciencia correspondiente, que puede ser, según los casos, agradable, penoso o mixto.

Ese complejo sensitivo y afectivo no es, necesariamente, como lo quisiera RIBOT (A, 93), una reacción *organizada* de la vida afectiva, pues hay emociones depresivas, como ciertas tristezas y ciertos miedos, en las que la organización es bastante débil, cuando no nula, y, por otra parte, las emociones caracterizadas por una gran excitación, como ciertas alegrías, ciertas cóleras y ciertos miedos, tienden naturalmente hacia el desorden, por la misma excitación. A pesar de estas reservas, nos parece que cada emoción constituye un conjunto orgánico y psíquico que, no obstante la diversidad, y a menudo la inestabilidad de los elementos constitutivos, tiene cierta individualidad fisiológica, cierta coloración psicológica, y puede ser analizado como tal, con tal de no engañarse con la fijeza impuesta a los hechos por el lenguaje, y no erigir las emociones en entidades.

André LALANDE considera que los estados afectivos designados con el término *emociones*, deben ser estáticos (200), es decir, que debe excluirse de ellos todo lo que es tendencia hacia un fin, acción y dirección de acción. Somos del mismo parecer, y aunque a menudo se mezclen impulsos instintivos a ciertas emociones, pensamos que

el miedo es una emoción, porque no es la tendencia a la fuga, así como la cólera, a pesar de sus reacciones violentas y desordenadas, que traducen la rebelión o la indignación, no es en sí misma una tendencia a la agresión¹. Confusiones de este género han constituido el error de algunos psicólogos, quienes han considerado que las emociones no eran otra cosa que la faz afectiva de los instintos particulares de fuga, de agresión, de repulsión, de curiosidad (Cf. Mac DOUGALL, 42 y sig.), y se han visto obligados, por eso, a excluir la alegría o la tristeza de la lista de las emociones.

Por razones de análisis y de cronología en la aparición de las emociones en el curso del desarrollo individual, RIBOT distingue cinco emociones primitivas, que son: el miedo, la cólera, la emoción tierna, la emoción egoísta y la emoción sexual, y se plantea, al respecto, una cuestión de la que tenemos interés en hablar, tanto más porque no la resolvemos como él.

“¿Hay que considerar la tristeza y la alegría —se pregunta— como emociones primitivas y particulares, análogas a la cólera y el miedo? Uno puede inclinarse por la afirmativa. Así, LANGE las ha comprendido dentro de las cuatro o cinco emociones simples que ha escogido como tipos de sus descripciones. He aquí, según veo, las razones que pueden hacerse valer contra esa solución: es indiscutible que la alegría y la pena presentan todos los caracteres que constituyen una emoción: movimientos o detenciones de movimiento, cambios en la vida orgánica, y un estado de conciencia *sui generis*. Pero entonces es necesario que el placer físico y el dolor físico sean también comprendidos entre las emociones, pues uno y otro presentan los caracteres arriba enumerados; además, hay identidad de naturaleza entre el placer físico y la alegría por una parte, y entre el dolor físico y la pena, por otra; la única diferencia es que la forma física tiene por antecedente un estado del organismo, mientras que la forma moral (alegría, tristeza) tiene por antecedente una representación. En otros términos: habría que clasificar el placer (sin calificación, ni restricción) y el dolor (sin calificación, ni restricción) entre las emociones primitivas (*y particulares*). Ahora bien, esas dos pretendidas emociones presentan, en relación con las otras precitadas, una diferencia evidente y perfecta: es su carácter de generalidad. El miedo es perfectamente distinto de la cólera; la emo-

¹ Precisemos que el término *estático* se extiende, para nosotros, a las reacciones de enloquecimiento del miedo o de rebelión de la cólera, dentro de la medida en que estas reacciones no contienen impulso determinado hacia un fin.

ción tierna, lo es de la emoción egoísta, y la emoción sexual, de las otras cuatro, por su marca específica. Cada una de ellas es un estado complejo, cerrado, impenetrable, independiente, como la visión con relación al oído, y el tacto con relación al olfato. Cada una traduce una tendencia particular (defensiva, ofensiva, de atracción hacia el semejante), y es adaptada a una forma particular. Muy al contrario, el placer y el dolor traducen las condiciones generales de la existencia, son difusos en todas partes, penetran en todas partes. Hay dolor en el miedo, y en ciertos momentos de la cólera y de la emoción egoísta; hay placer en la emoción sexual, y en ciertos momentos de la cólera y de la emoción egoísta; estos dos estados no tienen dominio propio. La emoción es, por su naturaleza, particular; el placer y el dolor son, por su naturaleza, universalistas... Tales son las razones por las cuales rehusamos clasificar los estados agradables y penosos entre las emociones primarias" (A, 15-16).

Hay, en esta página de nuestro tan sentido maestro, cierto número de afirmaciones que nos permitiremos discutir, a fin de no dejar cernirse la confusión sobre las descripciones y los análisis que van a seguir.

Y en primer lugar RIBOT, bastante favorable a la idea de que las emociones son la forma afectiva de una tendencia; que la cólera es el instinto de conservación bajo su forma ofensiva; el miedo, el mismo instinto bajo su forma defensiva, debía hallarse embarazado para clasificar dentro del mismo grupo emociones tan puras de elementos dinámicos como la tristeza y la alegría. Es, sin duda, la razón *a priori* de su exclusión, y acabamos de explicarnos al respecto.

En las razones más particulares que desarrolla, no parece establecer una distinción suficiente entre lo agradable y lo desagradable por una parte, el placer y el dolor por otra, y por último, la alegría y la tristeza.

Ya hemos dicho en qué difieren las tonalidades de lo agradable y lo desagradable de las reacciones afectivas agudas del placer y del dolor, con las que están asociadas generalmente y no necesariamente, ya que ciertos dolores son agradables y ciertos placeres pueden ser desagradables.

El placer y el dolor no se confunden tampoco con la alegría y la tristeza. Aun cuando las reacciones de nuestras tendencias, chocadas, disociadas, readaptadas, que son nuestras alegrías y nuestras tristezas, tengan una repercusión orgánica, estas reacciones agradables o

penosas no son en modo alguno comparables con los placeres y los dolores. (V. *supra*, p. 313 y sig.).

Las mismas observaciones se imponen a propósito de la asimilación de la alegría y la tristeza con lo agradable y lo desagradable. No pueden ser asimiladas tonalidades elementales a esos complejos sensitivos y afectivos que son nuestras tristezas y nuestras alegrías.

Sin duda, hay alegrías y tristezas muy simples por su contenido sensitivo y motor, y que se aproximan así a tonalidades afectivas elementales; pero es fácil, sin embargo, distinguir de la alegría, el agrado que se experimenta al mirar un hermoso paisaje, y de la tristeza, el desagrado que se experimenta al escuchar mala música. "Se puede —escribe PAULHAN— pensar que la vincapervinca es una linda flor, y sentir cierto placer, no muy vivo, al mirarla; pero el grito de Rousseau al encontrar de nuevo la vincapervinca, y las emociones que despierta esta flor, denotan fenómenos afectivos muy diferentes de la simple sensación afectiva" (A, 83-84).

Ni se podrían emplear las palabras alegría y tristeza con diminutivos para designar las sensaciones de este orden. Es que, en realidad, no podrían confundirse simples tonalidades con reacciones complejas, en las que esas tonalidades sólo intervienen a título de elementos asociados con el juego de las tendencias, y en las que el enlace no es tan necesario como para que no haya melancolías agradables, así como hay dolores agradables.

Es lo agradable y lo desagradable lo que se encuentra en la cólera y el miedo y en otros estados pasionales o emocionales; no es la tristeza y la alegría, ni tampoco el placer y el dolor, tal como los hemos analizado.

Es lo agradable y lo desagradable lo que presenta ese carácter de generalidad, y casi podría decirse de abstracción, del que habla RIBOT; no es la tristeza y la alegría, ni tampoco el placer y el dolor.

La alegría y la tristeza son emociones particulares, tan individualizadas como las otras.

Todo lo que puede decirse, para distinguir la alegría y la tristeza de la cólera, del miedo y de las emociones que RIBOT llama particulares, es que en lugar de estar ligadas, como la cólera o la emoción sexual, a tendencias definidas como nuestros instintos de agresión o de amor, están asociadas con el juego de las tendencias más variadas, de las que atestiguan el triunfo o el fracaso; de ahí su mayor frecuencia y su menor especialización. LARGUIER DES BANCELS escribe muy acertadamente al respecto (237): "Mientras emociones

como la cólera o el miedo nacen en condiciones bien determinadas, y responden a tendencias estrictamente definidas, la alegría y la tristeza encuentran a cada instante, y en las circunstancias más variadas, la ocasión de manifestarse. Hay, tal vez, hombres que no han conocido la cólera ni el miedo. Pero no hay ninguno que desconozca la tristeza y la alegría". Y concluye, como nosotros, que la tristeza y la alegría son reacciones emocionales tan típicas y tan particulares como la cólera y el miedo.

Establecido esto, ¿en qué consisten, desde los puntos de vista mental y fisiológico, esas reacciones especiales que llamamos emociones, y que siempre se hallan más o menos mezcladas con agradable y desagradable?

Para no extraviarnos en la multiplicidad de las emociones, hablaremos solamente de la tristeza, de la alegría, del miedo y de la cólera.

* * *

Es una opinión difundida entre los fisiólogos que las emociones se diferencian por la expresión y la mímica mucho más que por las reacciones de la vida vegetativa, y algunos hasta llegan a pretender que ninguna de esas reacciones puede ser considerada como característica de una especie particular de emoción. "Es así —escribe HALLION (II, 1560)— como las reacciones cardíacas, las reacciones vasomotoras, a cuyo estudio me he entregado particularmente con Charles Comte, son iguales en todos los casos. Parece ocurrir lo mismo, o por lo menos casi lo mismo, con las reacciones respiratorias, que un gran número de autores ha explorado minuciosamente. Muchas otras reacciones están en el mismo caso. En suma, las observaciones al respecto tienden a evidenciar, aunque no fuera más que por las contradicciones de los investigadores, la trivialidad de la mayor parte de las reacciones emocionales, exceptuando la mímica expresiva".

Hay ahí una importante cuestión de psicología y de fisiología, que atañe a la misma naturaleza de la emoción, a su condicionamiento orgánico o central, y a la cual este capítulo responderá, lo esperamos, en cierta medida.

2. Excitación y depresión. — Como en el curso de este capítulo vamos a encontrar y a utilizar continuamente las nociones de excitación y depresión, es indispensable definir las. Diremos que hay

excitación, dentro del orden mental u orgánico, cuando hay tránsito del menos al más, es decir, cuando las ideas son más numerosas, las asociaciones más rápidas, la afectividad más rica, las reacciones motrices más enérgicas, cuando el pulso late más fuerte y más ligero, cuando la respiración aumenta en velocidad o en profundidad, cuando una secreción aumenta, etc., etc.

Diremos que hay depresión todas las veces que, en las reacciones de nuestro organismo fisiológico o mental, hay tránsito del más al menos, estando representada la norma menos por un término medio abstracto y general, que por el estado habitual de cada individuo; y, sin salir de nuestra definición general, deberemos distinguir aquí entre varias formas de la depresión, desde la que resulta de una excitación inhibidora hasta la que resulta del agotamiento, o del debilitamiento de los estímulos habituales.

Cuando la excitación crece, puede ocurrir que ya no llegue a canalizarse dentro de las vías que le son habituales, y que, tanto en el orden físico como en el orden mental, confine con el desorden; pero no creemos necesario, para designarla entonces, crear un término nuevo como el de agitación, que se utiliza a veces, y que parecería indicar que la excitación cambia de naturaleza. Bastará comprobar que, según su intensidad, la excitación puede ser ordenada o desordenada. Son éstas definiciones puramente cuantitativas, y las únicas que pueden darse de la excitación y la depresión; podremos, según las emociones, intentar discernir en ellas modalidades diferentes, pero importa mucho señalar que la definición inicial sólo apela a consideraciones muy simples, de más o de menos.

Casi todos los psicólogos y los fisiólogos de las emociones han tratado de utilizar, para clasificar las emociones, las nociones de excitación y depresión así definidas, y HALLION mismo, a pesar de su opinión sobre la trivialidad de las reacciones emocionales, no ha podido dejar de dar lugar a esta división general (1461).

DARWIN ha escrito (85-86 y sig.) que hay emociones excitantes entre las cuales la alegría y la cólera se colocan en primera línea, y emociones deprimentes, entre las cuales coloca a la tristeza y al miedo. Y como no hace un lugar bastante amplio para los hechos de inhibición, que, por lo demás, no conoce muy bien, está obligado a suponer que las emociones deprimentes son de ordinario consecutivas a emociones excitantes, de las que salen por agotamiento.

WUNDT ha hecho una aplicación un poco diferente de las mismas

nociones cuando desarrolló su principio de la *modificación de la inervación*.

Recuerda, en esa oportunidad, su distinción (formulada ya por Kant) entre las emociones esténicas y las emociones asténicas, las primeras, como la alegría y la cólera, traduciéndose por excitación, y las otras, por una parálisis inmediata, como los grandes miedos, o por una depresión progresiva, como el sufrimiento, la pena, la tristeza; y hace notar, muy acertadamente, que si las modificaciones positivas o negativas de la inervación son particularmente fuertes, y se hacen sentir sobre una gran extensión, ya no es posible percibir la calidad de la emoción. Eso equivale a decir, con mucho acierto, que el choque emocional, cuando es muy intenso, impide o molesta la percepción de la emoción calificada.

WUNDT cree poder ilustrar su distinción agregando que las emociones esténicas se caracterizan por la frecuencia de los latidos del corazón, la dilatación de los vasos periféricos y la aceleración respiratoria, mientras que las emociones asténicas se caracterizan por lo inverso.

Por último LANGE, al considerar la inervación de los músculos estriados, la inervación de los músculos lisos y la inervación de los músculos de los vasos, y al atribuir a esas inervaciones la nota *más*, la nota *menos*, o la nota *desorden*, según estén aumentadas, disminuidas o desordenadas, llega a clasificar las emociones en los mismos grupos que DARWIN y WUNDT, con esta afirmación, además, de que, para él, la cólera no es, dentro del orden fisiológico, otra cosa que la exageración de las reacciones de la alegría, y que el miedo no es, dentro del mismo orden, sino la exageración de las reacciones de la tristeza.

Pensamos que ni WUNDT ni LANGE podían llegar, por esta concepción demasiado simple, a caracterizar suficientemente las emociones que querían clasificar, pues ni uno ni otro han visto que la mayor parte de las emociones podían presentar, según los individuos y los momentos, manifestaciones pasivas o activas dentro de los mismos dominios orgánicos o mentales, y que, para comprender su mecanismo, era indispensable considerarlas, alternativamente, bajo ese doble aspecto. Sólo DARWIN ha visto, aunque tenga a la alegría y a cólera por ordinariamente excitantes, y a la tristeza y al miedo por ordinariamente deprimentes, que hay alegrías activas y alegrías pasivas, tristezas deprimidas y tristezas excitadas, miedos que excitan y miedos que paralizan; hasta ha entrevisto cóleras de inhibición

junto a cóleras excitadas; pero, además de que estaba bastante desprovisto en materia de explicaciones fisiológicas, no sacó de esta distinción, hecha por lo demás muy sumariamente, y cuya importancia y generalidad él no vió, el partido que podía sacarse de ella para la psicofisiología de la emoción.

Como se verá por lo que sigue, lo que llamamos la forma activa de una emoción es la forma bajo la cual se traduce mediante reacciones de excitación, entre las cuales la más importante es la excitación del simpático, cuyos signos principales hemos enumerado con CANNON: aceleración cardíaca, hipertensión, aumento de la tonicidad, horripilación, midriasis, etc.

Es a estas formas activas a las cuales se aplica con facilidad el nombre de *emociones*, porque el elemento motor está siempre en ellas presente y es positivo; cuando se busca una definición de la emoción, se piensa ante todo en ellas.

Llamamos formas pasivas a aquellas que se caracterizan por reacciones de depresión, como la hipotonicidad, de disminución del movimiento cardíaco, y la hipotensión, que son, en su conjunto, los signos inversos de los precedentes. Es una cuestión saber si el término emoción es todavía conveniente cuando se trata de reacciones depresivas; la hemos zanjado por la afirmativa, habiéndonos parecido que el elemento motor posee la misma importancia cuando se expresa por variaciones negativas que cuando se expresa por variaciones positivas.

Daremos primero descripciones psicológicas y fisiológicas, considerando emociones establecidas; luego trataremos de penetrar en los procesos de origen.